

Un hada con el ala rota

CHIKI FABREGAT

Ilustraciones de María Brenn



Un hada con el ala rota

CHIKI FABREGAT

Un hada con el ala rota

Ilustraciones de María Brenn

edebé

© Texto: Chiki Fabregat, 2023
Representada por Tormenta (www.tormentalibros.com)
© Ilustraciones: María Brenn, 2023

© Ed. Cast.: Edebé, 2023
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Coordinación de producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Book & Look

1.ª edición, septiembre 2023

ISBN: 978-84-683-6071-3
Depósito legal: B. 4685-2023
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. Noa, la tirolina gigante y las abejas..	7
2. Papá, mamá y las zanahorias	15
3. Las hadas y el secreto	21
4. Los cabezas huecas y las hormigas...	27
5. Carol y los regalos de cumpleaños...	33
6. Raúl, Carol y las mariposas	37
7. Noa, Raúl y las tirolinas de México	45
8. El trol y el regalo escondido bajo la cama	49
9. Noa (otra vez) y la tirolina terrible...	55
10. Regina y el pacto de meñiques	63
11. Mei y el bosque de las hadas	69
12. Carol, Raúl y los mosquitos.....	77
13. Noa, yo y la gorra del cabeza hueca ...	81
14. Los otros, yo y la roca	87
15. Regina, las hadas y los columpios para niños pequeños	95

16. Sandra y el hueso de albaricoque ...	101
17. Noa, yo y el campo de flores silvestres	109
18. Regina y las decisiones	115
19. Noa, yo y los deseos	121
20. Noa, yo y la tirolina de México	125

1

Noa, la tirolina gigante y las abejas

Una invasión de abejas. Llevamos desde cuarto haciendo planes para ir al parque Aventura en la Naturaleza, porque todos los años los de quinto van a final de curso, y cuando solo faltan dos días, llega una invasión de abejas. No de hormigas, que molestan y ya está, ni de cucarachas, que dan mucho asco, pero ni pican ni nada. Abejas.

Balta, nuestro tutor, ha entrado en clase rojo como la manzana de Blancanieves y con el teléfono en la mano. Ningún profesor trae el teléfono a clase, así que nos hemos imaginado que pasaba algo gordo.

—Chicos, tengo una noticia buena y una mala.

Se ha quedado junto a la pizarra, con la cabeza un poco torcida hacia un lado y sonriendo, como si esperase que le preguntásemos o que jugáramos a las adivinanzas, pero era primera hora y nos cuesta armar jaleo recién levantados.

—El parque de Aventura en la Naturaleza...

Y ahí sí se ha liado una buena. Noa y sus cabezas huecas han aplaudido, Mei ha dicho que ya tiene la mochila preparada y Carol me ha mirado, ha movido la cabeza hacia los lados y me ha dicho en voz baja:

—Esta va a ser la mala, ya verás.

Carol es adivina, estoy segura. Porque lo que ha dicho Balta a continuación era malo, muy malo: que una invasión de abejas había obligado a cerrar el parque. Eso ha dicho. Adiós a la yincana, al circuito de detectives, a los saltos en cama elástica, a bañarse en el río y a teñir camisetas. Y, lo peor de todo, adiós a dormir tres noches con mis amigas.

—Vale, vale —ha continuado Balta—. Os he dicho que también hay una buena.

Le ha costado un poquito hacernos callar, pero es que menuda bomba nos había soltado. Cuando Noa y sus cabezas huecas han dejado de protestar y todos los demás nos hemos calmado, nos ha contado que habían trasladado nuestra reserva a otro parque diferente, uno nuevo con un montón de actividades. Y muy cerca de casa, a una hora en autobús. Después ha encendido el proyector y ha ido poniendo imágenes de ese otro parque: un bosque, un río, cabañas de madera, árboles con cuerdas por las que trepar... Y, la última de todas, una tirolina gigante. Cuando digo *gigante* no estoy exagerando, quiero decir que era tan alta, tan empinada, que nos hemos quedado todos mudos durante un momento. Luego han empezado el jaleo y las risas. Raúl le ha dicho a Noa que se apuesta tres meriendas a que no es capaz de tirarse y Noa le ha dado un codazo. Han seguido así, haciendo apuestas sobre quién se atrevería

y quién no hasta que Carol ha levantado la mano para hablar.

—Balta, ¿y qué pasa con Ada?

Todos se han girado a mirarme y yo quería matar a Carol y a la vez abrazarla muy fuerte, porque siempre se preocupa por mí, pero también a veces consigue que todos me miren como a un bicho raro.

—Oh, esto —ha dicho Balta, señalando la fotografía de la tirolina terrible—. No te preocupes, hay muchas opciones en el parque. Ya les hemos explicado que solo nos interesan las actividades en las que podáis participar todos.

Y, claro, han saltado los cabezas huecas. Dos segundos antes estaban discutiendo si se atreverían o no a lanzarse por esa tirolina, pero de repente el problema más gordo era yo. Que siempre tengo que fastidiarlo todo. Mei les ha contestado que se callen, que son unos egoístas.

Egoístas no sé, pero son unos cabezas huecas. Sobre todo, Noa. A veces me imagino que ha pillado alguna enfermedad rara

que lo obliga a quedarse en su casa, dentro de una burbuja de plástico; otras, que a su padre lo trasladan a otro continente; incluso me he imaginado un meteorito gigante cayendo justo encima de su cabeza. Me da la risa floja cuando pienso en sus patas flacuchas asomando bajo una piedra del tamaño de un campo de fútbol. Y si es tan grande que aplaste a todos los cabezas huecas, tanto mejor. Pero nunca funciona. Además, desde la burbuja, desde la otra punta del mundo o incluso debajo del meteorito, siempre encontrará la forma de hacerme la vida imposible.

En el primer patio ya casi nos habíamos olvidado de la tirolina gigante, pero Noa se ha acercado con su pandilla hasta donde Carol, Mei y yo estábamos sentadas.

—Ya les he dicho a estos que te dejen en paz, que no es culpa tuya.

—Tú flipas —le ha contestado Carol.

Carol es así, cuando habla con Noa y los cabezas huecas se pone chula, a pesar de que le gustan tan poco como a mí.

—No flipo, Carolina —ha dicho Noa, que sabe de sobra que Carol no se llama Carolina.

—A mí no hace falta que me defiendas, ni de los cabezas huecas de tus amigos ni de nadie —le he dicho, porque yo también me pongo chula a veces, aunque me sale peor que a Carol.

Los cabezas huecas se han reído y Raúl le ha dado un empujoncito a Noa.

—¿Cómo se revuelve, eh? —ha dicho Raúl.

—Venga, dejadla en paz —ha replicado Noa—, bastante tiene con... lo suyo.

—¿Lo mío? ¿Qué es lo mío, cabeza hueca?

Carol me ha mirado con cara de susto y se ha puesto en medio para decirles que nos dejasen en paz. Yo creo que solo quería que me callase y no me hiciese la chula, que eso se le da mejor a ella. Pero estaba tan embalada que no había quien me parase, así que me he plantado justo delante de Noa y le he dicho:

—Yo voy a subirme a esa tirolina, listo. A ver cuántos de vosotros os atrevéis.

—¿Nos está retando? Tío, ¡nos está retando! —ha dicho Raúl, mirando a Noa.

Por suerte, ha sonado el timbre para volver a clase, pero sí, es posible que lo haya retado.

—Muy bien, Ada, muy bien —ha dicho Carol, camino de clase—. Más vale que esté superprohibido acercarse a esa locura de tirolina, pero, oye, has sido muy valiente.

A última hora, Balta nos ha dado unos papeles con mucha información del parque, la dirección y hasta fotografías para que los llevemos a casa. Todos se han puesto muy contentos y no han parado de hablar de las cosas que van a hacer. Sin embargo, yo cierro los ojos y solo veo la imagen de la tirolina proyectada a todo color, porque igual he sido valiente al retarlos, como dice Carol, pero también un poco cabeza hueca.